DOMINGO 27 ORDINARIO Ciclo A
HACIENDA NO GANADA, SE ESTIMA EN POCO O EN NADA

Susy y Carlos se conocieron desde prepa y continuaron juntos su carrera, se hicieron novios, y después de terminar sus estudios se casaron y todo les sonreía porque ambos eran muy dedicados, muy laboriosos y ponían mucho ingenio en lo que emprendían. Pero como Susy terminó una maestría pronto pudo conseguir un mejor trabajo. Cabe decir que en el trayecto tuvieron la fortuna de tres hijos que le les llenaban de alegría. Sin embargo el trabajo de ella le requería salir con su jefe por algunas horas de la ciudad, más tarde se convirtieron sus salidas en un día entero y luego incluso dos o tres días. Como los peligros acechan en cualquier rincón, entre el jefe y ella se fue haciendo una relación que ya no era propiamente de trabajo, y a la vuelta de la esquina, sucedió que ya eran amantes e incluso estaban haciendo planes para abandonar sus respectivos hogares y emprender juntos una nueva vida. Cuando Carlos sospechó de su mujer y cuando sus amigos comenzaron a jugarle bromas por ella y a insinuarle lo que veían, se decidió a hablar con ella, que con franqueza le manifestó que era verdad lo que había oído y que ya estaban haciendo planes. Como el amor que se habían tenido era sincero, él le hizo ver que lo suyo era una locura pasajera, que los hijos se preguntaban qué estaba pasando con su mamá, y que él definitivamente estaría con los brazos abiertos dispuesto a recibirla, después de que pasara aquella vorágine, pues él seguía amándola con todo el corazón. Ella se mantuvo impasible, hizo caso omiso del ofrecimiento del marido y las cosas continuaron su cauce. Pero un día en que su jefe salió más temprano del hotel, ella tomó distraídamente el ejemplar de la Santa Biblia que alguna agrupación repartía en los hoteles, y encontró algo que la dejó helada y pensativa, lo que le hizo ver en un momento la locura de la que le había hablado su marido y en la que ella se encontraba sumida. El texto que ella leyó casualmente, era del profeta Isaías: "Voy a cantar a su amigo, el canto de mi amado por su viña. Mi amo tenía una viña en un fértil collado, puso las mejores cepas, es decir las mejores plantas, la protegió y la dotó de los mayores cuidados, y esperaba que diera uvas buenas y dulces, pero dio puras uvas amargas. Y pregunto: ¿qué más podía yo hacer por mi viña que no hubiera hecho?". Ella comprendió el mal que se había causado, el dolor que había provocado en su marido y la gran desgracia que podía haber causado en sus hijos de continuar en aquella vida en la que se había metido pretendiendo encontrar una mejor posición económica.

Creo que el ejemplo de Susy es claro, pues la Palabra de Dios sigue teniendo vigencia después de muchos siglos y así entenderemos mejor el mensaje evangélico que nos transmite San Mateo. Quizá nos sea difícil entender lo de la viña porque no estamos habituados a ella como lo están los viñadores cercanos al Mediterráneo, porque ellos viven entusiasmados por sus vides, a las que llegan a

considerar como la esposa, igual que los hombres del campo que viven en una unión muy estrecha y amistosa con cada una de las ovejas del rebaño.
Craso nos cuenta la historia de la viña, que entre paréntesis, era la viva historia del pueblo hebreo, según veremos a continuación. Se trata, pues, de un propietario que plantó una viña, la protegió perfectamente, la dotó de todos los elementos para dar un excelente resultado y su marchó después de habérsela alquilado a unos labradores. Llegado el tiempo, envió a sus criados a buscar la parte de lo que le correspondía de los frutos, pero esos desalmados, los apalearon, los apedrearon e incluso a uno lo mataron. Pensando que quizá se tratara de una equivocación, les mandó una nueva embajada más numerosa que la primera, pero con el mismo resultado. Por último les envió a su propio hijo pensando que a él sí lo respetarían, sin embargo ellos pensaron que con hacerlo desaparecer y matarlo, quedarían ya dueños de la viña, y no tendrían que pagar nunca más impuestos a su amo. Al llegar a este punto, Cristo se detuvo a preguntar a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo a los que iba dirigida la palabra, qué tendría que haber hecho el dueño de la viña y le dijeron: "Hará morir de mala muerte a esos desalmados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiemplo". Entonces Cristo les habló de sí mismo, de lo que el Padre le había encomendado y muy directamente les anunció que a ellos se les quitaría el reino de Dios y se le daría a un pueblo que produjera realmente sus frutos.
Los dirigentes, por su maldad, su miseria y por habar negado el mensaje salvador que él les proponía, arrastraron al pueblo hebreo al que le fue quitado el reino de Dios para entregarlo a otro pueblo que pudiera entregar futuros de vida, y no injusticias, robo, maldad, diferencia de clases, división entre los que no tienen y los que pueden derrochar y malgastar, humillando a los que no gozan de la misma condición. Ese reino se le ha entregado a Cristo y él a su vez ilumina a la Iglesia con la luz del Espíritu Santo, para que ella nos encamine por senderos de paz, de alegría y de salvación. Ese reino no le será arrebatado a la Iglesia, pues Cristo le prometió que estaría con ella hasta el fin de los siglos. Pero si bien es verdad que la Iglesia persistirá hasta que haya salido de este mundo el último de los creyentes, cada uno de los que ya nos hemos encontrado con Cristo, tendremos que responder de nuestras acciones y de nuestra vida, acogiéndonos a la bondad y a al misericordia de Cristo, del que depende en última instancia nuestra eterna salvación. De ahí la necesidad de vivir en su paz, en su alegría, en sus mandamientos, interesados vivamente por el mundo que nos ha visto crecer, de manera que también logremos contemplarlo a él radiantes de luz y de vida en la casa del Buen Padre Dios.
Su amigo el P. Alberto Ramírez Mozqueda les invita a difundir su mensaje. Estoy en alberamozq@gmail.com